

SOCIEDAD DE OCEANOGRAFÍA DE GUIPÚZCOA

DE OCEANOGRAFÍA DINÁMICA

Olas misteriosas del Cantábrico.—Tres tragedias en las rocas del Castillo de la Mota, Igueldo y faro de Biarritz.—Suceso histórico: el Conde de Bismarck expuesto en 1862 a ser tragado en Biarritz por el mar.—Las olas de fondo.—Explicación científica de las mismas.—Otro hecho sorprendente acaecido en alta mar.

Al erudito oceanógrafo D. Julián de Salazar.

PROFUNDA emoción y sorpresa causó el Jueves 28 de Septiembre del año pasado de 1911, en San Sebastián, especialmente entre la colonia veraniega, el trágico suceso acontecido en las rocas del Castillo de la Mota, donde el Cantábrico arrebató y se tragó a una niña que se hallaba un tanto alejada del mar.

Y ahora, nuevamente ha ocurrido otro hecho semejante, el 25 de Febrero del presente 1912, en *Torrentze* (Igueldo), llevándose a un hombre de cincuenta y cinco años otra gigantesca ola, cuando el estado del mar no dejaba sospechar que pudiera ocurrir tal desgracia.

De ambos sucesos y de otro semejante, de señalado interés histórico, acaecido en 1862 en Biarritz, y en el cual estuvo a punto de perder el ya célebre diplomático prusiano Conde de Bismarck, el luego eximio fundador y Gran Canciller del Imperio Alemán, nos ocuparemos en el presente trabajo, relacionado con esas pérdidas cuanto inesperadas olas que, de vez en cuando, causan desgracias lamentables.

Lo acontecido en Biarritz al Conde de Bismarck, aunque hoy poco conocido, es rigurosamente histórico.

Se conservaba el hecho, muy borroso, entre las gentes de mar de este SACO del Cantábrico, y ahora le ha dado mayor carácter de autenticidad, si cabe, lo que acerca del particular refiere en sus curiosas e interesantes memorias tituladas «Recuerdos de un Cirujano de Ambulancia, 1870», el reputado médico de Bayona Dr. L. Moynac.



El trágico suceso acaecido el jueves 28 de Septiembre pasado, en las rocas del Castillo de la Mota de esta Ciudad, en el acantilado del poético *Urgullmendi*, ocurrió como sigue:

En el pintoresco lugar costero de *Arri-Zabala* (Roca ancha), de nuestro Castillo de la Mota, se hallaban a eso de las once de la mañana de dicho día, contemplando el soberbio paisaje marítimo que desde allí se divisa, un joven de veintiún años llamado Demetrio Cabido Solá, y una niña de ocho, Rosario Iturri, cuando de pronto un inesperado golpe de mar arrebató a la muchacha, haciéndola desaparecer entre sus misteriosas ondas.

El único testigo de tan lamentable accidente quedóse paralizado por la emoción, y no supo qué hacer en los primeros momentos.

Una vez que salió de su espanto, dió aviso a las autoridades, y una lancha zarpó del muelle, a realizar trabajos de exploración, al lugar del suceso: trabajos que resultaron infructuosos. Todo fué inútil el agua no quiso ya soltar su inocente presa.

Sólo al cabo de varios días, el domingo 1.º de Octubre, la lancha *San Pedro*, de la matrícula de San Sebastián, tripulada por Salustiano Otaegui y Valero García, recogió en el mar, a las dos y media de dicho día, el cadáver de una niña, que resultó ser la malograda Rosario Iturri.



El dramático episodio de las rocas de Igueldo, se desarrolló como narraremos:

El domingo 25 de Febrero último, salieron de su casa del barrio del Antiguo, Julián Soriano, de cincuenta y cinco años de edad, y su hijo Amador, de veintitrés, con ánimo de ir a pescar.

Se dirigieron al punto costero denominado *Torrentze*, situado al pie de Igueldo, y empezaron a pescar, cuando de repente, a la primera caída, un golpe de mar arrastró inopinadamente al padre, envolviéndolo en un torbellino de agua.

Su cuerpo fué sepultado por el mar, y por más esfuerzos que hizo su hijo, todo resultó inútil para sacarlo a flote.



Estos trágicos sucesos suelen registrarse de vez en cuando en esta costa Cantábrica, y si bien lamentables todos, el que hubiera sido más trascendental, por la importancia de la persona que estuvo expuesta á ser víctima, es lo acontecido en Biarritz, en 1862, al entonces Conde de Bismarck, Embajador del Reino de Prusia en París a la sazón.

Dicha personalidad europea había ido a veranear a Biarritz, y, en especial, para tratar muy disimuladamente, con el Emperador Napoleón III, sobre las ventajas territoriales que podría obtener Francia, quedándose con toda la margen izquierda del Rhin, desde el Luxemburgo inclusive, y comprendiendo en la anexión a Bélgica y Holanda, si apoyaba a Prusia contra Austria y los Estados federales de la Alemania del Sur.

En el interin, Bismarck hizo excursiones a San Sebastián y Tolosa, residiendo en nuestra ciudad en la *Fonda Berdejo*, existente entonces en el barrio extramuros de San Martín.

Napoleón III se dejó engañar, y de las conferencias de Biarritz vino luego la campaña de Dinamarca, después la derrota de Austria en Sadowa y, por último, la perdición de Francia en Sedán.



Bismarck era muy aficionado a la pesca de caña, y solía acudir a las peñas del faro de Biarritz para dedicarse a su entretenimiento favorito.

Allí se hizo amigo del distinguido propietario de Biarritz M. Halsouet, tío del luego reputado médico de Bayona Dr. L. Moynac.

Uno de los días que fueron al faro el Conde de Bismarck y monsieur Halsouet, se apercibieron, tras infructuosos ensayos, que no mordían los peces, motivo por el cual convinieron en volver a la mañana

siguiente, encargando que durante la noche, echara buena cantidad de carnada al agua a uno de los guardas del faro, llamado Saubade.

Este modesto funcionario prestaba, a la vez, servicios a M. Halsouet, quien le retribuía debidamente.

Saubade vivía en una pequeña cabaña vecina, y allí es donde Bismarck y Halsouet depositaban sus pertrechos de pesca, cambiaban de traje y almorzaban los manjares condimentados por la mujer del guarda, desayunos con que terminaban la pesca.

Al día siguiente se reunieron, al pie del faro, Bismarck y Halsouet.

El tiempo era espléndido, brillaba radiante el sol, y si bien el Cantábrico se presentaba tranquilo en la playa, en cambio las olas que se formaban en el horizonte presagiaban cambio de tiempo marítimo.

Saubade, como buen marino, advirtió a M. Halsouet el peligro que podría correrse dicho día, y le aconsejó que aplazaran la pesca.

M. Halsouet vaciló al ver la tranquilidad de la playa y lo hermoso del tiempo y al percibirse que Bismarck ya llegaba al faro.

Insistió Saubade, y entonces M. Halsouet se decidió a advertir al Conde de Bismarck lo que ocurría; pero habiéndole contestado el hombre de Estado prusiano, que si no se podía pescar, de todos modos deseaba contemplar un temporal en el Cantábrico, continuaron la marcha.

Apenas tuvo lugar esta conversación, los expedicionarios quedaron petrificados ante los gritos de socorro y terror que oyeron. Corrieron al punto donde tenían las cañas preparadas, y puede figurarse uno lo trágico del espectáculo al encontrarse con que una inesperada cuanto gigantesca ola, había arrollado al desgraciado Saubade, estrellando su cabeza contra las rocas, para luego en el reflujó, llevarse mar adentro su cadáver.

Si Bismarck llega unos minutos antes al punto habitual de la pesca, de seguro que hubiera sido víctima del mismo accidente en que pereció Saubade, y fácil será comprender, sobre todo, tras lo acontecido luego en Europa, la importancia extrema que hubiera revestido dicha catástrofe marítima.

Aquella ola de fondo pudo haber cambiado la actual faz de Europa.

Bismarck se impresionó, y como la mujer del desgraciado Saubade se hallaba en cinta, dijo a M. Halsouet, que aparte de que él socorría a la viuda, quería ser padrino del vástago que naciera.

El luego Gran Canciller del Imperio Alemán, cumplió lo prometido. En el bautizo del hijo del guarda representó a Bismarck M. Hal-

souet, y se impuso al neófito el nombre de Otto Saubade, sea el del Embajador prusiano.

Dos veces al año remitía Bismarck a M. Halsouet desde Berlín, un cheque de 200 markos (250 francos) para la viuda de Saubade.

La guerra de 1870-71, interrumpió los envíos metálicos del Gran Canciller, pero luego continuaron regularmente, hasta que años después, M. Halsouet escribió al ya Príncipe de Bismarck, que su ahijado Otto Saubade, que era marino de guerra francés, se había ahogado en los mares de la China donde servía.



Dejando de lado los comentarios y hasta las paparruchas populares, y aun de gentes cultas, acerca de que las misteriosas olas que produjeron las trágicas desgracias citadas, debían ser de las llamadas sísmicas o volcánicas, sólo diremos, que la Oceanografía en su parte relativa a la dinámica del mar, explica sencilla, perfecta y científicamente los trágicos sucesos acaecidos en *Arri-zabala* (Castillo de la Mota), en *Torrentze* (Igueldo) y anteriormente en las rocas de la farola de Biarritz.

Prescindiendo de la mayor o menor violencia de los movimientos marítimos que se producen en dichas ocasiones, diremos que esas olas misteriosas (para el vulgo), nada tienen que ver con las llamadas *olas sísmicas*, que tan terribles efectos suelen causar, principalmente en las costas volcánicas, en especial del Pacífico.

Las olas del Urgullmendi, Igueldo y Biarritz, eran sin duda de las denominadas *de fondo*, cuya ondulación extiéndese bajo el agua sin que nada se note en la superficie. Cuando el movimiento dinámico horizontal tropieza con algún accidente del terreno submarino, la ola no retrocede, y como no puede avanzar en dicha citada dirección, entonces elévase brusca y soberbia verticalmente con gran violencia, constituyendo este inesperado accidente marino un peligro para las embarcaciones menores, y no se diga nada con respecto a las personas, como se ha visto desgraciadamente por lo ocurrido en el Urgullmendi, *Torrentze* y Biarritz.

Es opinión general entre los principales oceanógrafos europeos, que esa clase de olas provienen de temblores de tierra submarinos, que han podido producirse a inmensas distancias del punto en que se estrella la ola de fondo, siendo la velocidad generalmente de las olas, la de 22 a 24

millas por hora, y alcanzando la de cuatro y medio metros por segundo durante los ciclones, según Stephenson.

Estas olas de fondo, son afortunadamente raras en el Cantábrico. Con motivo de los trágicos sucesos de que venimos ocupándonos, se ha recordado en San Sebastián, que hace pocos años estuvieron igualmente a punto de perecer por un accidente analogo, dos distinguidos *sportmen* de la colonia veraniega, el Sr. Marqués de Guadalest, vecino de Madrid, y D. Aquiles Broutin, que reside los inviernos en París, y quienes se hallaban tranquilamente pescando con tiempo espléndido en las rocas de *Billabiar*, debajo de la caseta de carabineros de Ulía (Monte Mirail), hacia Pasajes.



Como complemento de las anteriores líneas, vamos á citar otro suceso oceanográfico en extremo raro, curioso y casi inverosímil, acaecido el otoño último en el canal de la Mancha.

El 13 de Octubre pasado navegaba en medio de un fuerte temporal, el sloop francés *Nuestra Señora de las Flotas*, del puerto de Brest. Hallábase a cinco millas de Tour, cuando de pronto, una ola formidable barrió la cubierta, llevándose cinco marineros.

El capitán permaneció solo a bordo con las manos crispadas sobre la barra del timón, esperando de un momento a otro sufrir la misma suerte que sus compañeros; y cuando agotadas sus fuerzas creía llegada su última hora, ocurrió un hecho casi inexplicable dinámicamente, pues otra ola más monstruosa si cabe, inundó de nuevo la embarcación y fué a arrojar en el puente, casi á los pies del capitán, en confuso tropel, a los cinco marineros que habian desaparecido momentos antes, y sin que ninguno de ellos estuviera herido.

Poco después, el mar quedó en calma, y el sloop *Nuestra Señora de las Flotas*, con todo su velamen desgarrado y habiendo sufrido importantes averías, arribó felizmente por la noche a Brest.

El estudio del mar, bajo sus diferentes aspectos, tiene sus encantos, y la Oceanografía, aparte de su carácter científico y sociológico, sirve también para tranquilizar a los seres timoratos que se espantan al considerar los efectos de esas olas misteriosas, cuya acción dinámica queda explicada en el presente artículo.